

En la sombra de la democracia: Hayek y los liberales

«Pero examinemos esta cuestión más a fondo, tanto más cuanto que no se trata de una bagatela, sino de lo que ha de ser la regla de nuestra vida».

Platón, *La República*, 352D.

Raros son los tiempos que vivimos y, a la vez, iguales que siempre. El hombre sigue soñando con la constitución perfecta y lo que se encuentra por todos lados es desencanto con los regímenes políticos. Hoy nos encontramos dos modelos de despotismo: en primer lugar, el despotismo autoritario que siempre ha estado con nosotros a lo largo de nuestra historia y, en segundo lugar, el despotismo democrático.

En este ensayo no miraremos al autoritarismo, imagen hostil donde las haya, sino que desplazaremos la mirada hacia la democracia y a su relación con la libertad. Si bien la democracia tiende a ser un régimen mejor que el autoritarismo y un refugio para las libertades, esto no siempre es así. A veces nos obsesionamos con los modelos políticos, pero ¿no debería ser más importante el producto que emana de un sistema político que el sistema en sí? Lo que buscamos es un régimen que nos permita obtener mayores niveles de libertad y de prosperidad. Si ese estado de las cosas deseado, en el que se defien-

de la dignidad de todas las personas, lo dieran la anarquía, el socialismo o la democracia liberal, sin duda deberíamos defenderlos. Sea cual sea el modelo que lo dé.

Nuestra propuesta es que la democracia liberal es el régimen que proporciona las mejores condiciones de vida. Sin embargo, lo que cada vez más se escucha en Occidente, a gritos tan altos que ensordecen, es que lo importante es lo de «democracia», pero que lo de «liberal» no lo es tanto. Así, el nuevo tirano aparece en la escena proclamándose como el más democrático y la encarnación viva del espíritu del pueblo. Larga es la sombra que generan estos déspotas por Iberoamérica y en muchas otras partes del mundo. Nuestra misión es demoler este falaz y peligroso argumento de que el liberalismo no es lo relevante; de hecho, afirmaremos que sin el liberalismo la democracia no puede existir a largo plazo. Expli-

Will Ogilvie tiene un doctorado en filosofía por la Universidad Francisco Marroquín y actualmente es profesor en la Universidad de las Hespérides (Canarias, España), donde dirige el grado en Filosofía, Política y Economía, así como el programa *Conversaciones sobre Grandes Libros*. Este ensayo obtuvo mención de honor en el decimotercer concurso de ensayo "Camino de la Libertad" (México, 2023) y se reproduce con la debida autorización.

caremos que es el mismo abandono de las ideas liberales lo que nos lleva por el camino de la corrupción, la desafección política y el desastre.

Este ensayo viene a rescatar el contrato de la humanidad con lo mejor que tiene y a volver a poner a la persona sobre el escenario de la libertad, sin el cual no existen sus grandes hazañas. Para ello, utilizaremos la visión de Hayek y la de otros liberales anteriores a él para comprender la relación entre libertad y democracia en estos tiempos modernos.

Liberalismo y democracia

La relación entre el liberalismo y la democracia siempre ha sido interesante. ¿Acaso no es poder elegir a tus propios gobernantes una libertad? La fusión de ambos conceptos nos ha dado la democracia liberal. Pero siempre merece la pena pararse a comprender que la democracia, aunque sea una buena forma de gobierno, siempre tiene el peligro de degenerar. Los atenienses fueron los primeros en inventarla y los primeros en verla corromperse.

Liberalismo y democracia, ¿cuál es la diferencia entre ambos conceptos? Según Hayek, el liberalismo trata de limitar el poder coactivo del gobierno. Inicialmente da igual si este poder es democrático o no.¹ Hayek se enfrenta así al demócrata dogmático, que piensa que el único límite que debe tener el gobierno ha de ser la opinión mayoritaria. Nos quedaremos, entonces, con dos personajes para lo que nos queda de este ensayo: el demócrata bueno —el liberal— y el demócrata malo

—el dogmático—. La democracia es el mecanismo con el que elegimos a los que mandan, mientras que el liberalismo trata de limitar el poder del que manda con independencia del mecanismo se utilice. El demócrata dogmático limitaría a los reyes y a los poderes aristocráticos, mientras que el liberal, además de a los anteriores, limitaría también a la democracia, especialmente cuando cualquiera de ellos tratase de vulnerar la libertad y los derechos de los individuos. El demócrata dogmático no cree que deba haber limitación alguna de los poderes de una mayoría. Para ilustrar esta tensión con más profundidad, Hayek utiliza una cita de Ortega y Gasset que merece la pena compartir en su totalidad:

La democracia responde a esta pregunta: ¿quién debe ejercer el poder público? La respuesta es: el ejercicio del poder público corresponde a la colectividad de los ciudadanos. Pero en esa pregunta no se habla de qué extensión deba tener el poder público. Se trata solo de determinar el sujeto a quien compete el mando. La democracia propone que mandemos todos, es decir, que todos intervengamos soberanamente en los “hechos sociales”. El liberalismo, en cambio, responde a esta otra pregunta: quienquiera que ejerza el poder público, ¿cuáles deben ser los límites de este? La respuesta suena así: el poder público, ejérzalo un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, sino que las personas tienen derechos previos a toda injerencia del Estado.²

De la cita anterior se deriva que el poder del Estado debe estar limitado, pues solo así se puede garantizar su no injerencia en aquellos derechos que le preceden. Se desplaza por estas líneas un espíritu muy *tocquevilliano*. Para el autor francés, el nuevo despotismo sería democrático. En su gran obra *La democracia en América*

¹Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, traducción de José Vicente Torrente (Madrid: Unión Editorial, 2019), p. 141.

²*Ibid.*, p. 142.

—probablemente el mejor trabajo jamás escrito sobre la democracia—, Tocqueville plasmó su interés en las ventajas y desventajas del sistema democrático. Cuando compara el despotismo clásico de los autócratas con el nuevo despotismo de las asambleas, Tocqueville nos advierte de que no deberíamos sentirnos demasiado orgullosos de nosotros mismos, de nuestras supuestas moderneces y de nuestra sensación de liberación de la historia. ¿Por qué? Por el problema de la omnipotencia:

Ahora bien, si se admite que un individuo revestido de omnipotencia puede abusar de ella contra sus adversarios, ¿por qué no admitir la misma cosa de la mayoría? En mi opinión, solo veo a Dios que pueda ser revestido de la omnipotencia sin inconveniente.³

Hayek sigue los pasos de Tocqueville cuando considera la importancia de limitar el poder público. Podemos considerar al autor austríaco como un demócrata liberal que se enfrenta a tres tipos de argumentos expuestos por los demócratas dogmáticos.⁴

1. Los dogmáticos argumentan que la democracia es el único sistema de gobierno que permite un cambio pacífico de poder. El liberalismo está, sin duda, de acuerdo con este argumento. Las guerras —sobre todo las civiles— que se producen para hacerse con el poder político son las peores circunstancias para defender los derechos de las personas. Tal y como Mises decía en su obra *Liberalismo*, la democracia tiene la gran ventaja de que permite

que se compita por el poder pacíficamente.

2. El segundo argumento afirma que la democracia ofrece la mejor garantía para defender los derechos del individuo. Hayek no estará de acuerdo del todo con este argumento. Es decir, siempre y cuando la democracia sea liberal, sí será un régimen que defienda los derechos individuales. Sin embargo, si hablamos de una democracia iliberal, entonces no será el caso y con excusas del colectivo o del interés del Estado se pueden acometer los peores atropellos y violaciones a los derechos de la persona.
3. El tercer argumento establece que las elecciones políticas permiten elegir a los mejores para gobernar. Aunque podemos no estar del todo de acuerdo en este punto, debemos de conceder que no se tienen los mismos problemas que en una monarquía absoluta hereditaria en la que el sucesor sea un incompetente. Como las elecciones introducen un elemento competitivo, favorecen la educación política de la mayoría, tal y como decía Tocqueville. Lo importante en este punto no es que los políticos sean los mejores candidatos posibles —de hecho, no suelen serlo—, sino que acostumbramos a una población a pensar en la cosa pública y así se incentiva a que se informen.

Ni Platón ni autores más modernos como Byran Caplan están de acuerdo con el último argumento, sea porque la mayoría no puede ser tan racional y estudiosa como diría el ateniense, o porque los costes de informarse son demasiado altos para el individuo.⁵ Lo esencial es que los

³Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, traducción de Eduardo Nolla (Madrid: Trotta, 2018), p. 450.

⁴*Los fundamentos de la libertad*, pp. 147-149.

⁵Bryan Caplan, *The Myth of the Rational Voter: Why Democracies Choose Bad Policies* –

ciudadanos tendrán que pensar en lo público.

Constant y Tocqueville, al igual que muchos liberales del siglo XIX, tenían el temor de que la población acabara cediendo cada vez más competencias al gobierno. De que llegáramos a un estado de las cosas en el que los ciudadanos dejaran de preocuparse por la política y se dedicasen exclusivamente a sus asuntos privados. Constant lo decía de la siguiente manera:

El peligro de la libertad moderna es que, absortos en el disfrute de nuestra independencia privada y en la prosecución de nuestros intereses particulares, renunciemos con demasiada facilidad a nuestro derecho a participar en el poder político.

Los depositarios de la autoridad no dejarán de exhortarnos para que así hagamos. ¡Están dispuestos a ahorrarnos todo tipo de penalidades menos las de obedecer y pagar! Nos dirán: «¿Cuál es, en última instancia, el fin de todos tus esfuerzos, el motivo de tus trabajos, el objeto de tus esperanzas? ¿No es la felicidad? Pues bien, déjanos ocuparnos de esa felicidad y nosotros te la daremos». No señores, no les dejemos. Por mucho interés que se tomen, pidamos a la autoridad que se mantenga en sus límites. Que ella sea justa y nosotros nos ocuparemos de ser felices.⁶

La única manera de evitarlo era con una ciudadanía que se asociaba y que se preocupaba por la cosa pública. La libertad no puede enseñarse leyendo libros, se tiene que vivir, se tiene que practicar. Tocqueville lo precisa de este modo:

New Edition (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2007).

⁶Benjamin Constant, *La libertad de los modernos*, traducción de Ángel Rivero (Madrid: Alianza Editorial S.A., 2019), p.105.

Resulta difícil concebir cómo unos hombres que han renunciado enteramente al hábito de dirigirse a sí mismos podrían llegar a elegir bien a los que deben dirigirlos, y no cabe hacer creer que de los sufragios de un pueblo de criados pueda alguna vez salir un gobierno liberal, energético y sabio.⁷

Es decir, si no tenemos una ciudadanía acostumbrada y preocupada por su libertad, será muy difícil que las urnas den buenos resultados. No es un tema de ideología política, sino de amar la libertad. Pero ¿qué era la libertad para Tocqueville?

Es un sentimiento individual, particular, intransmisible, que representa lo humano porque es indefinible, incompleta, autobiográfica, siempre por hacer, por definir apostando, arriesgando, equivocándose, siempre volviendo a empezar.⁸

Eduardo Nolla —el traductor de la edición crítica de Tocqueville— hace referencia a la importancia de la libertad como un nuevo comienzo en Tocqueville, como algo que hay que hacer y rehacer todos los días. Por eso, solo los ciudadanos que se preocupan por sus asuntos locales, que se asocian y que practican esta libertad podrán ser los mejores votantes en un sistema democrático.

La opinión mayoritaria

La crítica fundamental de Platón a la democracia radica en que es el régimen del reino de la opinión.⁹ Para Platón, la opi-

⁷*La democracia en América*, p. 1160.

⁸*Ibid.*, p. 107.

⁹Will Ogilvie Vega de Seoane, «Platón y la democracia: Una relación complicada», *Revista Fe y Libertad*, vol. 4, n.º 2, diciembre de

nión es un tipo de conocimiento defectuoso y de segunda clase, algo mejor que la ignorancia, pero mucho peor que el conocimiento real. Si nos acordamos de la caverna platónica, recordaremos que los prisioneros están atados viendo las sombras de los objetos reales en la pared. Es decir, confunden la opinión que tienen —el reflejo de las cosas reales— con el conocimiento —las cosas como realmente son—. Tanto para Platón como para Hayek, nadie puede saberlo todo, lo que hace que la opinión sea necesaria para la vida en sociedad. Sin embargo, para Hayek, la opinión es algo más favorable:

Las opiniones y deseos de la gente se forman por individuos que actúan de acuerdo con sus propias ideas y aprovechan lo que otros han aprendido en sus experiencias personales. La opinión no progresaría de no existir ciertos seres que saben más que el resto y se hallan en mejor posición para convencer. Como normalmente desconocemos quién es el más sabio, abandonamos la decisión a un proceso que no controlamos y que pertenece siempre a una minoría que obra de manera diferente a la mayoría. Así, a fin de cuentas, la mayoría aprende a actuar mejor.¹⁰

Estos son los filósofos reyes de Hayek. Esta minoría pensante nunca mandará directamente, como sí ocurre con Platón, pero guiará la opinión pública, y eso no es poco en una democracia. Además, permitir que una minoría piense distinto requiere de una tolerancia por parte de la mayoría propia del liberalismo. De hecho, no es aventurado decir que la minoría pensante será quien realmente mande, aunque sea de manera indirecta. ¿No es la opinión pública la que dictamina lo que

ocurre en las urnas y presiona a los representantes día a día? Si Tocqueville veía en las asociaciones las semillas de la libertad moderna era porque convencían a la mayoría a través de la persuasión y no de la fuerza. Hayek sigue los mismos pasos. Sus pensadores, al igual que las asociaciones de Tocqueville, deben tratar de persuadir a la mayoría.

Sin faltar a la agencia de los mandatarios, en una democracia, los políticos actúan dentro de lo considerado como aceptable por las mayorías. Ningún político podrá ser exitoso si no actúa dentro de este marco en su sociedad. Entontes, ¿cómo conseguimos progresar en el cambio de ideas? Para Hayek, esta es la tarea de la filosofía política:

La directa influencia de la filosofía política en los negocios corrientes puede ser despreciable. Sin embargo, cuando sus ideas llegan a ser propiedad común, a través de la obra de historiadores, publicistas, maestros, escritores e intelectuales, generalmente constituyen la guía efectiva de procesos de desarrollo.¹¹

Podemos decir que Hayek tiene una visión anti-materialista del cambio social. No son las condiciones económicas lo que definen a una sociedad, sino sus *mores*, como dirían Rousseau y Tocqueville. Es decir, las costumbres entendidas de una manera amplia, incluido «todo el estado moral e intelectual de un pueblo». ¹² Mientras que Tocqueville piensa que las *mores* son el motor que explica la realidad social y política de un grupo, Hayek va un paso más allá explicando cómo se modifican esas costumbres: con los pensadores. Ellos son los que provocan ese cambio en el corazón de las per-

2021, pp. 77-94.

¹⁰*Los fundamentos de la libertad*, pp. 150-151.

¹¹*Ibid.*, p. 154.

¹²*La democracia en América*, p. 500.

sonas. Este proceso coloca al filósofo en un lugar complicado con respecto a la democracia porque solo podrá serle útil si la cuestiona en una discusión realmente abierta, si se convierte —como diría Platón— en un tábano que genera incomodidad. Tanto Hayek como Platón están realmente diciendo lo mismo, esta incomodidad es la que hacía que el filósofo se desentendiera de la cosa pública en la obra de Platón. Para Hayek, «a menudo, dentro de su tarea, el filósofo político sirve mejor a la democracia oponiéndose a la voluntad de la mayoría».¹³ Es, por tanto, la labor del pensador exponerle a su sociedad las paradojas y los antagonismos que existen entre distintos valores que son deseados, por ejemplo, entre la libertad y la igualdad.

Platón había comprendido que aquellos que realmente pensaban siempre correrían el riesgo de ser aplastados por la mayoría. Podríamos argumentar que lo más trágico de *La República* no es que la mayoría de la humanidad viva en la caverna, sino el recibimiento que se le hace al filósofo cuando ha conseguido salir de la caverna y ver la realidad. La razón es que cuando regresa a intentar salvar a sus compañeros en la oscuridad puede ocurrirle lo siguiente:

Y si cuando no distingue aún nada, y antes de que sus ojos hayan recobrado su aptitud, lo que no podría suceder sin pasar mucho tiempo, tuviese precisión de discutir con los otros prisioneros sobre estas sombras, ¿no daría lugar a que éstos se rieran, diciendo que por haber salido de la caverna había perdido la vista, y no añadirían además, que sería de parte de ellos una locura el querer abandonar el lugar en que estaban, y que si alguno intentara sacarlos de allí y llevarlos al exterior sería preciso coger y matarle?

¹³Los fundamentos de la libertad, p. 156.

— Sin duda.¹⁴

¡Cuánto más de cierto tiene esto en las ciencias sociales! Hayek estará de acuerdo: solo aquel que realmente dice lo que piensa y que no tiene miedo es capaz de ayudar a cambiar las ideas predominantes de una época. Vemos el fracaso de este proceso en la cancelación o corrección política, términos que parecen modernos, pero que son tan viejos como la humanidad. La caverna sigue cancelando. Siempre ha sido muy peligroso pensar distinto a la tribu y solamente el liberalismo defiende al distinto. Sin el distinto, sin una minoría con ideas alternativas, no progresa el conocimiento.

Hayek crítica a esos «intelectuales» que piensan que las mayorías pueden hacer lo que quieran. Es decir, critica a los demócratas dogmáticos que dicen que la voluntad de pueblo no debe tener límites. No son más que demagogos, ya que solo una democracia con límites en su poder puede mantenerse en el tiempo:

El viejo liberal es mucho más amigo de la democracia que el demócrata dogmático, puesto que se preocupa de preservar las condiciones que permiten el funcionamiento de la democracia. No es “antidemocrático” tratar de persuadir a la mayoría de la existencia de límites más allá de los cuales su acción deja de ser benéfica y de la observancia de principios que están más allá de toda la voluntad mayoritaria.¹⁵

Lo que dice Hayek es algo que desgraciadamente ya hemos visto y no se trata de izquierda o derecha política. Una democracia puede elegir a un líder autoritario que la acaba destruyendo, como es

¹⁴Platón, *La República*, 517a.

¹⁵Los fundamentos de la libertad, p. 158.

el caso no solo de Hitler, sino del Chavismo en Venezuela. Sin duda, la mayoría querría poder deshacerse de ellos una vez que estos se han instaurado en el poder, pero el mecanismo pacífico para deshacerse de ellos ya no existe. Salvo los amigos del tirano, —si es que así se puede llamar a los lacayos del despotismo— toda la sociedad sufrirá las consecuencias. Este es el caso en el que una mayoría se oprime a sí misma. Haríamos bien en tener la humildad intelectual como para saber que esto puede pasar en cualquier democracia cuando hay una gran crisis y un «gran líder» viene a salvarnos a todos. Esto es lo que pasa cuando la democracia naufraga. Fracasa cuando no tiene límites. De hecho, para Platón, la tiranía es el régimen que sigue a la desintegración de la democracia y lo hace precisamente por este problema.

Esta es la razón por la que hay que tener un *nomos* más elevado que sirva para anclar a la propia democracia. Sin que sea el tema de este ensayo, Hayek tiene claro que, desde un punto de vista histórico, primero un pueblo tiene unas leyes que emanan de sus costumbres, de sus órdenes espontáneos y luego se crea el Estado. Es decir, es una crítica al derecho positivo que quiere que el Estado sea el inventor de la ley, cuando esta solo puede ser descubierta.¹⁶ Lo mencionamos porque es un problema íntimamente unido a la idea de que el gobierno puede hacer lo que se le antoje. No hay duda de que precisamente esto es lo que defienden muchos de los demócratas.

La democracia caprichosa se remonta a la primera democracia del mundo. De hecho, Sófocles ya reflexiona muy pro-

fundamente sobre los decretos despóticos en *Antígona*, una de las más supremas obras de teatro de la civilización Occidental. En la obra, Antígona —la protagonista— quiere enterrar a Polinices, uno de sus hermanos que ha muerto en batalla. Esto lo prohíbe Creonte, el rey de Tebas, en su primer decreto. Lo prohíbe porque Polinices se había enfrentado a la ciudad y, por tanto, quiere que su cadáver se descomponga para que todo el mundo lo vea.

Nuestra protagonista tiene sus lealtades enfrentadas. Como ciudadana, debe cumplir el decreto del rey, pero como hermana tiene la obligación de enterrar a Polinices para que su alma descanse en paz. Este es uno de los temas fundamentales y recurrentes en las tragedias griegas: la división de lealtades y las tensiones entre las obligaciones personales y las cívicas. El grito de Antígona es que ni si quiera un rey puede inventarse un decreto que va en contra los dioses:

No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Estas leyes no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo por ellas de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.¹⁷

Es difícil encontrar una visión más liberal de las leyes que esto. La ira de Antígona viene porque ella entiende, como Hayek, que las leyes son previas al Estado. No lo dirá de esta manera, pero ese es

¹⁶Friedrich, A. Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (London: Routledge Classics, 2013), Kindle, p. 116.

¹⁷Sófocles, *Tragedias*, traducción de Assela Alamillo (Madrid: Editorial Gredos, S.A. 1981), p. 265.

el problema. Como lo ha ordenado el rey, será legal que el cuerpo de Polinices se pudra, pero será tremendamente injusto y bárbaro. Al final de la obra, los dioses, de manera indirecta, se acabarán vengando y Creonte perderá todo lo que quiere. Acabará enterrando el cadáver de Polinices junto al de Antígona, el de su hijo y el de su esposa. Los tres últimos se habrán suicidado.

Antígona fue estrenada en el 441 a. C., sin embargo, no encontramos estos problemas solamente en la ficción griega. Para el año 404 a. C., los ciudadanos atenienses habrán perdido la Guerra del Peloponeso. Según Tucídides, la guerra se perdió por culpa de los demagogos que poblaban la despótica asamblea ateniense. En ese mismo momento en el que los atenienses pensaron que una mayoría podía decidir lo que se le antojase, sin ningún tipo de límites, comenzó la degeneración.¹⁸ Ya lo decía Aristóteles: «cuando las leyes dejan de ser supremas, aparecen los demagogos».¹⁹

¿Son estos los deseos de la mayoría?

Si hoy le preguntáramos a un ciudadano cualquiera de un régimen democrático si la voluntad de la mayoría está dando los resultados esperados, probablemente la desilusión sería predominante. ¿De dónde viene este desencanto con la democracia?

En las democracias reales, hemos creado una maquinaria que lleva a cabo determinadas políticas en nombre de una mayoría, pero que, como dice Hayek, realmente no es así. De hecho, la mayoría de personas pensarían que lo que se ven-

de como mayoritario no es del interés de todos.²⁰ Por ejemplo, la mayoría de los ciudadanos estaría de acuerdo en que el gobierno debería garantizar la paz y la seguridad. Pero los mandatarios, que siempre quieren más poder, no tardarán en dar mensajes como «los pensionistas deberían cobrar más», ~~no~~, no dirán que subirán los impuestos al resto para poder costearlo. Afirman: «Hay que invertir más dinero en educación», pidiendo un mayor esfuerzo al contribuyente sin realmente ver cómo se está gastando. Son ejemplos demagógicos en los que los políticos de turno visten de mayoritarias decisiones que pueden no ir en favor del interés general de la población. Lo que realmente pasa, y está oculto al ojo de la población, es que los políticos están otorgando privilegios a intereses especiales en el nombre del bienestar de todos.

Si una parte fundamental de la educación de una persona consiste en aprender a limitar nuestros propios deseos y, como dice Hayek, someternos a reglas de conducta generales y justas,²¹ entonces podemos decir que lo mismo debería de suceder con las mayorías. De lo contrario, nos arriesgamos a confundir la justicia con cualquier capricho que pueda tener la mayoría. No es necesario ser un historiador para entender que la mayoría se ha equivocado muchas veces en el pasado. Por ejemplo, si la mayoría quiere quitarles la propiedad a los judíos, ¿es legítimo porque la mayoría lo desea? ¿Es el hecho de ser mayoría lo que realmente otorga justicia? Esto nos pone en rumbo a la cacería de brujas y la servidumbre.

Pero esta es la consecuencia de pensar que una mayoría no puede ser arbitraria,

¹⁸Law, *Legislation and Liberty*, p. 346.

¹⁹Aristóteles, *Política*, 1292a.

²⁰Law, *Legislation and Liberty*, p. 350.

²¹*Ibid.*

como dice Hayek, una idea profundamente equivocada, pero muy aceptada hoy en día.²² Todas las decisiones pueden ser arbitrarias si no se basan en reglas generales, ya sea que el que decide sea una persona o una mayoría. Las personas pueden ser caprichosas e injustas actuando en singular o en plural. Solo una aplicación de reglas generales puede prevenir la arbitrariedad. Por ejemplo, el asesinato es un acto que produce un rechazo general de una población, por lo que su castigo debe de ser una regla general para todo el que lo cometa. No tiene ni nombre, ni apellidos, ni color de piel, lo importante es el acto y el hecho de que su castigo sea conocido y, por tanto, previsible —como diría Hobbes—. Todo lo anterior hace que esa ley sea más justa. Es decir, no es una ley para un caso particular, sino general. Es lo contrario de cuando se «vota sobre medidas particulares para el beneficio —y muchas veces a expensas— de desconocidos».²³ Por desgracia, esto es lo que provoca muchos de los problemas que tienen las democracias modernas. Democracias sin limitaciones que pueden dar privilegios a determinados grupos. No pasa mucho tiempo hasta que los propios grupos privilegiados son los que empiezan a influir en la política y, tarde o temprano, capturan el Estado.

Camino al despotismo

En ese estado de las cosas en el que los políticos dependen de grupos de interés, las minorías organizadas no tienen que hacer el más mínimo esfuerzo en persuadir a la mayoría. Basta con que le retiren el apoyo al político de turno.²⁴ ¿No es así

como funcionan muchos sindicatos? No es usando el diálogo con la sociedad y tratando de convencer sobre la justicia de sus demandas, sino ejerciendo presión política con amenazas de huelga y vulneraciones a las libertades del resto de ciudadanos.

Por supuesto, los políticos cederán ante grupos de interés, sean empresas, sindicatos u otros actores políticos, pero venderán esta cesión como si fuera un beneficio para el país. ¿No seguimos oyendo muchas veces hablar del proteccionismo utilizando esta técnica? «Defender lo nuestro, a nuestros trabajadores, a nuestro producto». Hacer esto a través de la violencia del Estado beneficia al empresario protegido y a sus empleados, pero desde luego que va contra el interés general de la sociedad. Todos acabarán pagando más por un producto de peor calidad. Si uno quiere consumir el producto nacional o local —no hay nada de malo en ello—, se debe de hacer libremente, por elección individual, no bajo la sombra de la violencia del Estado. El interés de la mayoría ha sido corrompido de nuevo con demagogia porque el Estado puede disponer y crear monopolios según sus caprichos.

Lo triste es que nadie inundará las redes sociales ni los medios de comunicación porque paguen 10 céntimos más por una Coca Cola, con lo que el político puede beneficiar a los suyos con un bajo coste social. Pero cuando esto pasa en una industria, las empresas y grupos de interés rápidamente comprenderán que es muy beneficioso meter dinero en política. Así extraerán muchos privilegios de ello. El capitalismo no es culpable aquí, como no se cansan de decir los demagogos, sino el socialismo, ya que es el poder del Estado el que está dando estos injustos privilegios. De hecho, es solamente el gobierno el que puede dar privilegios. La

²²*Ibid.*, p. 351.

²³*Ibid.*, p. 352.

²⁴*Ibid.*, p. 353.

consecuencia será una sociedad más pobre y mercantilista, llevada por servidores de intereses especiales, y con empresas que son corruptoras y víctimas a la vez. Corruptas por comprar a los políticos, víctimas porque no les quedará más remedio. Será demasiado caro no invertir en comprar políticos si las demás empresas lo hacen, lo que provocará una corrupción más generalizada.

No es esto un problema exclusivo de la democracia, es un problema de un poder político sin límites; es decir, de cualquier orden político sin liberalismo. Ya sean reyes, aristocracias o democracias, corrupto y débil será este Estado.²⁵ Volvemos a la ley del más fuerte, al estado de naturaleza de Hobbes o Bastiat, en el que todos tratan de degenerar las leyes en su propio beneficio. Una vez que este es el terreno de juego, la sociedad estará terriblemente politizada y el gobierno seguirá creciendo. ¿Cómo puede ser que siga creciendo este terrible monstruo? Sencillamente porque cuanto más grande sea el Estado, más privilegios podrá dar y, por tanto, más incentivos habrá para que siga creciendo a expensas de su gente.

«¡Hay que proteger a los ganaderos de una competición injusta!». «¡Hay que nacionalizar la industria!». Estos eslóganes buenistas siempre esconden a los que pagarán por estas medidas: la mayoría silenciosa. Y es así como un gobierno que debería servir a sus ciudadanos acabará sirviéndose a sí mismo y a los que puedan capturarlo. En una sociedad donde la gente tendrá cada vez menos seguridad, serán más pobres y miserables. Puedo seguir con esta descripción, pero creo que Rousseau lo dijo de una manera mucho más poética:

²⁵*Ibid.*, p. 354.

Del seno de estos desórdenes y revoluciones, el despotismo, levantando por grados su odiosa cabeza y devorando cuanto percibiera de bueno y de sano en todas las partes del Estado, llegaría en fin a pisotear las leyes y el pueblo y a establecerse sobre las ruinas de la república. Los tiempos que precedieran a esta última mudanza serían tiempos de trastornos y, calamidades; mas al cabo todo sería devorado por el monstruo, y los pueblos ya no tendrían ni jefes ni leyes, sino tiranos. Desde este instante dejaría de hablarse de costumbres y de virtud, porque donde reina el despotismo, *cui ex honesto nulla est spes*, no sufre ningún otro amo; tan pronto como habla, no hay probidad ni deber alguno que deba ser consultado, y la más ciega obediencia es la única virtud que les queda a los esclavos.²⁶

Cuidémonos, por tanto, del demócrata dogmático que nos canta como las sirenas a Odiseo. Es la melodía de una canción que promete conducir a la libertad cuando, en realidad, nos está poniendo las más férreas cadenas y anclándonos en las profundidades del despotismo.

Si Rousseau pensaba que siempre tendríamos que estar en guardia de intereses privados que tomaran la política, Hayek hace una aportación importantísima a la tradición liberal. Lo hace añadiendo que cuanto más grande sea el Estado, más jugoso será para estos intereses privados. Es, por tanto, esencial un retorno a un Estado en el que la mayoría tenga límites como el respeto a la propiedad privada. De hecho, solo en un Estado mínimo podríamos tener un acuerdo más general entre personas diversas. Probablemente no satisfaga a todos, pero es un mínimo desde el cual todos los ciudadanos ten-

²⁶Jean-Jacques Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, traducción de Ángel Pumarega (Madrid: Calpe, 1923), p. 47.

drán una mejor oportunidad de construir sus vidas libremente. Por eso, Hayek dice que el poder coactivo debe descansar en la opinión mayoritaria y que, por tanto, no debería ampliarse más allá de donde hay un acuerdo entre todos.²⁷ La mayoría debe estar, como cualquier poder político, limitada, controlada. Así, llegue quien llegue, no le abrirá las puertas al despotismo de nuevo. Esto exige también una vigilancia constante, siendo el corazón humano siempre corruptible.

Nos quejamos de la corrupción política y pocas veces nos paramos a pensar en mecanismos para ponerle fin o, por lo menos, reducirla. La aportación de Hayek es esencial en este sentido. La única manera de hacerlo es limitando el poder del gobierno democrático. Si permitimos que el Estado vaya asumiendo cada vez más funciones que le quita a la sociedad, tarde o temprano será presa de la ferocidad de la corrupción. Además, se acaba infantilizando a los ciudadanos hasta reducirlos a simples cortesanos de la mayoría, como diría Tocqueville.²⁸ El Estado debe intervenir solo en aquellas áreas donde sean necesario y donde los ciudadanos no puedan llegar con sus propios esfuerzos. Solo así permitimos que la mayoría de la gente viva mejor sin corruptelas y demagogos enmascarando el interés privado de determinados grupos como si fuera el interés general de la sociedad. Muchos proponen «más democracia» como si ello fuera a reducir la corrupción, pero solamente en una sociedad donde el gobierno no pueda dar privilegios podremos salir de este círculo vicioso.

Cabe añadir que una de las causas fundamentales del declive viene por el hecho de haber convertido a la mayoría

política en una nueva deidad que nunca se equivoca y que tiene derecho a todo. Si el gobierno puede hacer todo lo que desea, lucharemos entre todos por tratar de tomar las riendas del leviatán en nuestro propio beneficio. Destruyéndonos a todos, seremos como los hombres de Odisseo esperando a ser devorados por el cíclope. No hace falta que tengamos la sagacidad del héroe para saber que la solución es tan sencilla como no meternos en la cueva del cíclope.

Reflexiones finales

Como hemos argumentado en estas páginas, la tradición liberal ha estado profundamente preocupada por los excesos de una democracia sin límites. En el caso de Hayek, no solo en *Camino a la servidumbre*, sino durante toda su vida. Tocqueville, Constant y Hayek comparten la desconfianza en el poder. Dicha preocupación es el temperamento principal de una persona que ama la libertad. Le da igual que esté en manos de uno, en manos de unos pocos, o en manos de una mayoría. Le da igual que lo tenga Calígula o una mayoría despótica ateniense a finales de la Guerra del Peloponeso.

Por mucho que sigamos teniendo que temer a los dictadores de turno, el ser humano debería cuidarse siempre de la tiranía. Haríamos bien en dejar de obsesionarnos por el tipo de gobierno y comenzar a considerar la importancia del resultado que nos dan los tipos de gobierno. Si queremos mejorar las condiciones de todos es imperativo que limitemos las decisiones que pueden tomar las mayorías. Tocqueville estaba en lo cierto cuando dijo que:

La omnipotencia me parece en sí misma una cosa mala y peligrosa. Creo que su ejercicio está por encima de las fuerzas

²⁷Law, *Legislation and Liberty*, p. 350.

²⁸La *democracia en América*, p. 464.

del hombre y solo veo a Dios que pueda ser todopoderoso sin peligro, porque su sabiduría y justicia son siempre iguales a su poder. No hay en la Tierra autoridad tan respetable en sí misma o revestida de un derecho tan sagrado que yo quiera dejarla actuar sin control y dominar sin obstáculos. Así pues, cuando veo conceder el derecho y la facultad de hacerlo todo a un poder cualquiera, llámese pueblo o rey, democracia o aristocracia, ejérzase en una monarquía o en una república, digo: ahí está el germen de la tiranía, y trato de ir a vivir bajo otras leyes.²⁹

Omnipotencia y justicia. El poder absoluto es algo demasiado peligroso en las manos del hombre y su peligro crece a medida que aumenta su poder. A la justicia podremos aproximarnos si nos cuidamos de no agrandar el poder. Si Tocqueville estaba en lo cierto y solo Dios puede ser omnipotente y justo a la misma vez, ¿puede ser que sea un malabarismo imposible para los parlamentos de los mortales?

Se dice que en los comienzos de la humanidad, Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén porque, en su orgullo, quisieron igualarse a Dios. ¿No es poético que caigamos continuamente en el despotismo, que no hace más que traer miseria y sufrimiento, por no tener la humildad de limitar el poder de los parlamentos? Orgullo y humildad son polos opuestos. De todo lo anterior se desprende que el futuro de la humanidad depende de nuestra capacidad para comprender la importancia de limitar el poder. Por muy imperfecta que sea esta receta, no hemos encontrado una mejor para el florecimiento humano.

²⁹*Ibid.*, p. 460.